

# LA VIDA EN UNA CARTUJA

Por ESTEBAN FERNANDEZ

El misterio y la silenciosa intimidad de los que voluntariamente han renunciado al mundo y celebran con gozos la llegada de la muerte, revelado en este trabajo, en verdad impresionante, de un periodista español, especialmente autorizado para visitar la Cartuja de Miraflores (Burgos).



A ha sonado la campana monacal y, a los pocos segundos, el hermano portero abre la puerta. Tal vez este hermano fué un humilde labrador que ahora cultiva flores en el jardín del atrio de la iglesia; pero no es mayor sorpresa encontrar en él al abogado célebre, al poliglota culto, que disimula su ciencia, o al viajero incansable de mares y mundos pintorescos que dió con la dulce nave de sus sueños y en ella quiere hacer el viaje de la eternidad.

El futuro monje guarda un breve compás de espera mientras se pasa recado al padre prior para anunciarle la visita.

Tras esto, un monje le acompaña a la celda que le ha sido designada y en ella le lava los pies. Con esta ceremonia simbólica se le da a entender que desde aquel instante debe sacudir de sí el polvo del mundo y desechar todo recuerdo del pasado, para empezar una vida nueva consagrada a la piedad y a la propia santificación.

## GOZO Y DOLOR DE LOS PRIMEROS COMBATES

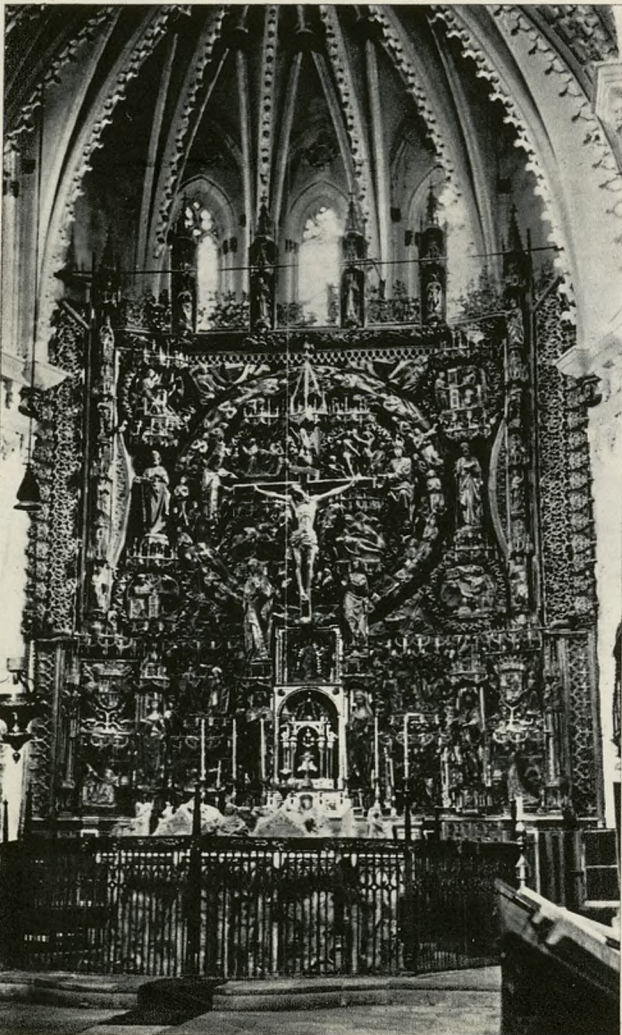
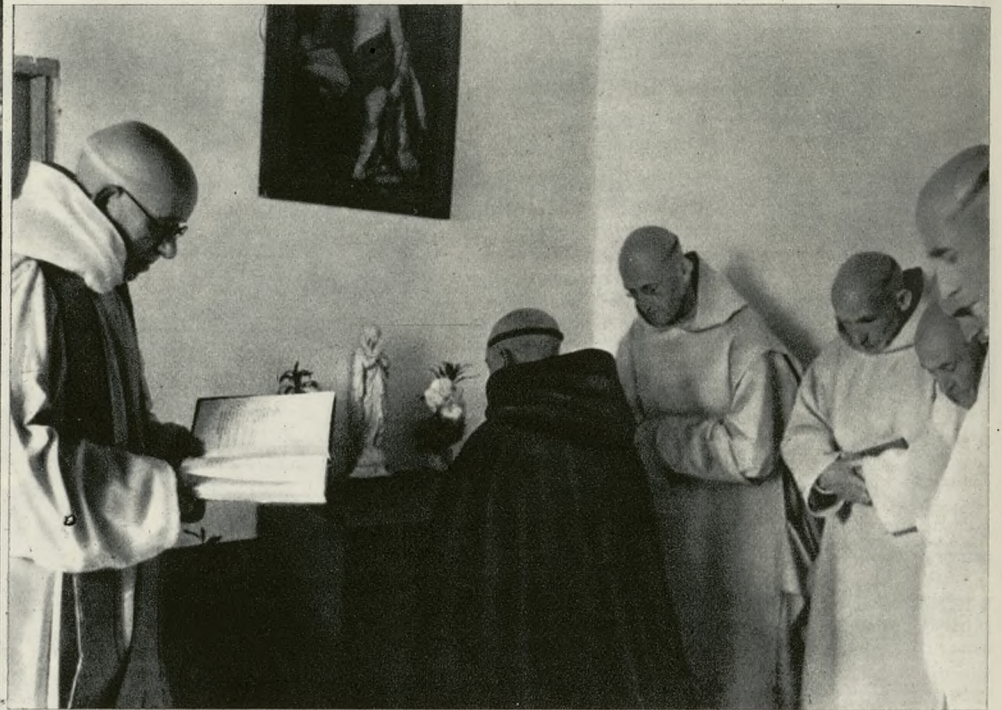
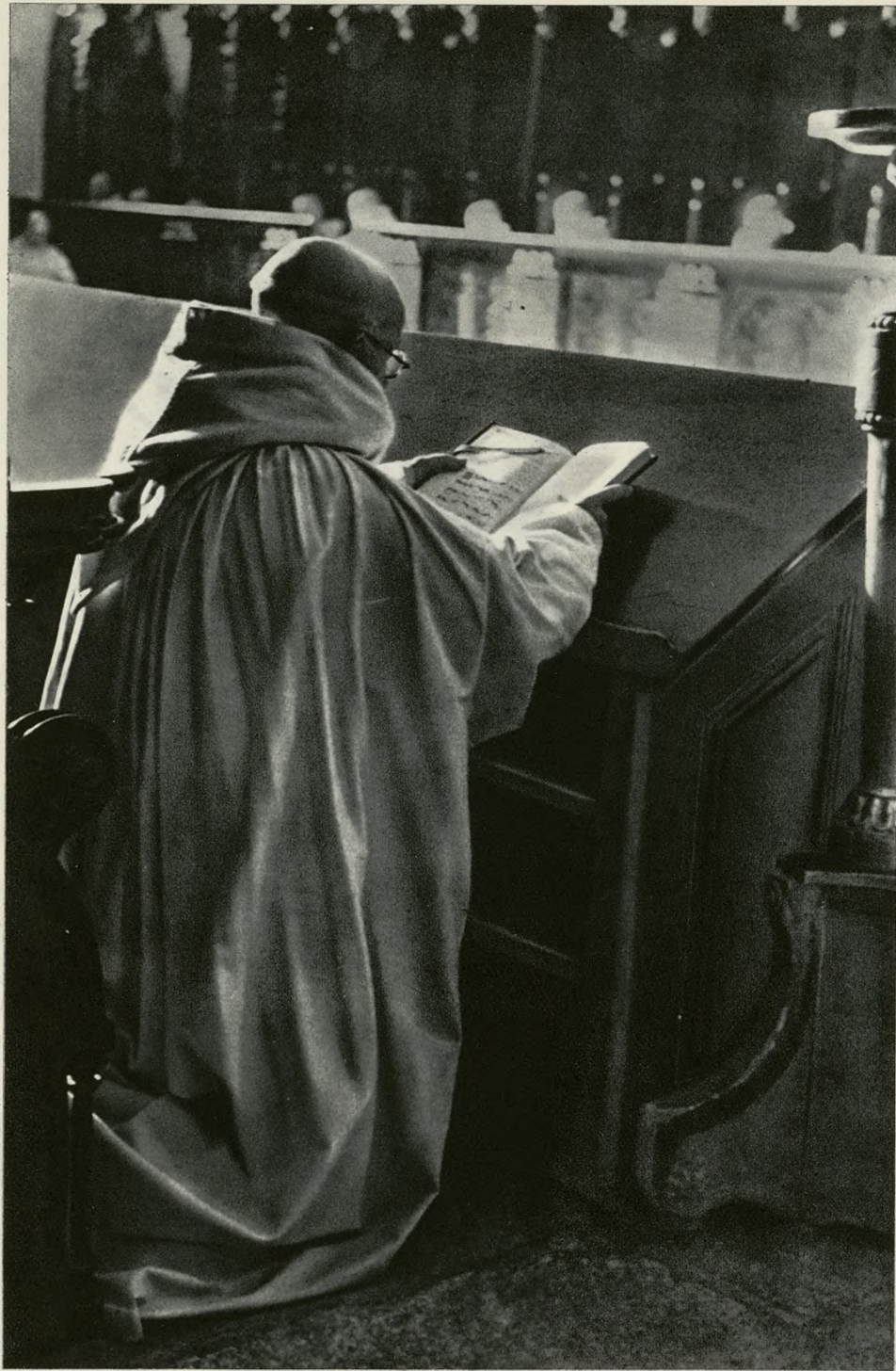
Después de esta escena íntima y emocionante, se adivinan los más fuertes asaltos contra la vocación: la soledad, el silencio, los muros de la celda y las tapias del jardín que hacen breve el horizonte, pero que no tienen virtud suficiente para cerrar el paso a los recuerdos, que entrarán en tropel y con más vehemencia que nunca para golpear el corazón del que acaba de renunciar al mundo; todo esto se ve caer como nube de pesadumbre capaz de derribar al héroe en el principio de la jornada. Pero está despierto el ángel de la luz y frente a estos ataques violentos desenvaina la espada de su poder. En la soledad habla Dios al corazón. El genio trabaja en el silencio. Cuanto más breve es el horizonte del mundo, más se fija la mente en la inmensidad de los cielos, destino eterno del hombre.

«El que quiere a su padre y a su madre más que a Mí, no es digno de Mí. Sólo con violencia se conquista el reino de los cielos...»

## ASI ES LA CELDA

La celda es amplia y espaciosa, y mejor que celda le cuadraría el nombre de casita, en la que el cartujo encuentra todo lo necesario para vivir. Se compone de planta baja y primer piso con dimensiones aproximadamente iguales. En la planta baja, que sirve como de vestíbulo, están la sala llamada del Ave María, porque siempre que el cartujo entra en la celda ha de rezar arrodillado ante la imagen de la Virgen, el Ave María; el comedor, sin otro mobiliario que una silla de pino sin barniz alguno y un armario adosado a la pared, donde se guardan los cubiertos de madera, y cuya tapa, al girar sobre las bisagras colocadas en la parte baja y abrirse de arriba a abajo, se transforma en mesa de comedor. También se guarda en este armario una tablita con la inscripción «Abstinencia», que sirve para indicar que siempre que esté puesta en el ventanillo por donde se introduce en la celda la comida,





ésta habrá de quedar reducida, exclusivamente, a la ración de pan. Y son muchos los días, unos porque lo manda la regla y otros por devoción, en los que el cartujo doma la carne con estos ayunos rigurosos.

En la planta superior, que constituye la celda propiamente dicha, y en la que el monje pasa la mayor parte del tiempo, están el lecho, que consta de un jergón en tosco catre de madera y de las mantas necesarias; el reducido oratorio donde hace oración y dice sus rezos, y la mesa de estudio con su estante de libros. Dependencias de la celda son, el taller donde cumple diariamente con la ley del trabajo, y el jardín donde

«siembra, transplanta, aliña, cava, y en cada florecilla a Dios alaba».

#### QUE HACEN LOS CARTUJOS Y COMO DISTRIBUYEN EL TIEMPO

En la Cartuja empieza el día cuando acaba en las demás partes; de ahí que los monjes den principio a su trabajo cuando los demás se entregan al Descanso. Después de cuatro horas de sueño, el cartujo se levanta a las once de la noche y comienza sus rezos en la celda, hasta que la voz de la campana le llama a la iglesia para cantar los maitines y laudes del oficio canónico. Esta es la hora más emocionante de la vida en la Cartuja, porque en la quietud y silencio de la noche aumenta la armonía y la majestad del canto, cobra relieve la poesía inagotable de los salmos, al narrar, de un modo admirable, la historia de la misericordia de Dios y la monstruosa ingratitude de la humanidad, y en ellos encuentra el cartujo el alimento de su vida espiritual. Los rezos se prolongan hasta las dos de la madrugada, hora en que regresan a la celda para continuar rezando en ella el oficio de la Virgen y hacer otras devociones que por recomendación de la regla no prolongarán con exceso. Y se acuestan hasta las seis menos cuarto para reanudar nuevamente la oración, primero en la celda y después en la iglesia, y nuevamente en la celda, hasta las diez de la mañana. De diez a once, lo dedican a trabajos manuales y hacen a continuación la única comida, si no es día de ayuno.

Magnífico retablo del Altar Mayor, en la Cartuja de Miraflores.

Después de comer principia el recreo, siempre dentro de la celda, que dura hasta la una, en que comenzará el estudio. De dos a tres menos cuarto harán nuevamente trabajo manual de taller de carpintería o confeccionando los famosos rosarios que conservan perpetuamente el perfume de las rosas que se deshojan en el jardín. Vuelven de nuevo a sus rezos en la iglesia y en la celda, hasta las cinco y media en que tomarán la colación, y que suele consistir en un poco de pan y algo de fruta que reservaron de la comida. A las seis y media es la hora de acostarse, pero antes las disciplinas habrán de marcar huellas sobre la carne flaca, mientras resuena el eco compasivo del salmo «Miserere».

Si después de ver este horario el alma cae en una compasión pesimista, es que estas líneas no han sido leídas a la luz clara y serena que refleja la mirada de los monjes cartujos ni al borde de la «senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido».

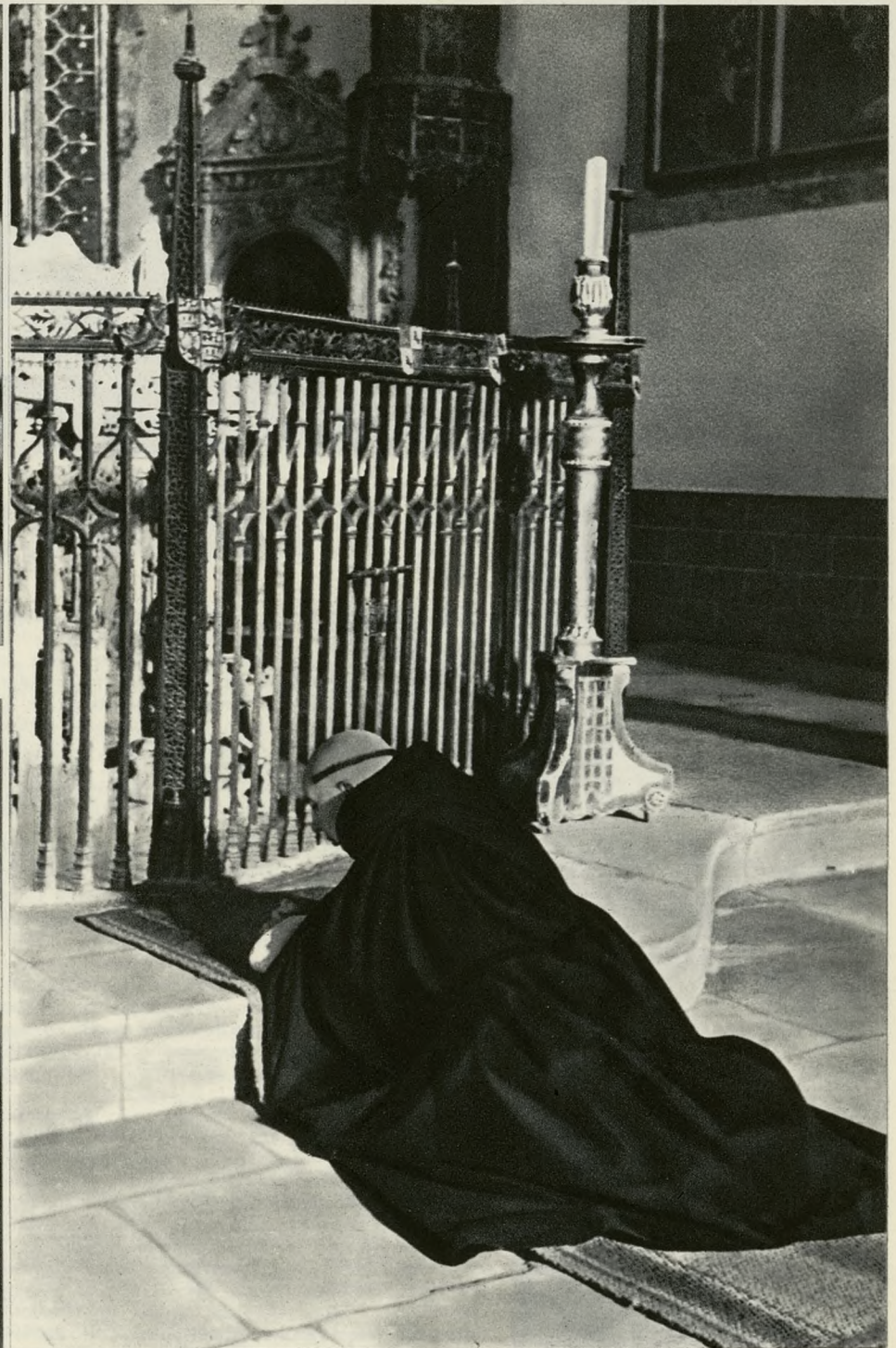
El horario y plan de vida de la Cartuja tienen cortas excepciones. Figuran entre éstas, el paseo semanal, la comida en comunidad los días de fiesta, y un breve recreo semanal, durante el que pueden hablar los monjes entre sí.

Las ceremonias más impresionantes son la toma de hábito, que suele hacerse después de un período de prueba que oscila entre uno y seis meses, y el entierro de los monjes, que es el acontecimiento celebrado con gozo en las Cartujas.

#### EL HABITO SE CONCEDE POR MAYORÍA DE VOTOS

Para conceder el hábito al aspirante a cartujo ha de proceder una votación en la que toman parte todos los monjes profesos de votos solemnes, y si la mayoría de votos le ha sido favorable, puede presentarse ante toda la comunidad reunida en la sala capitular. Entonces, postrado en el suelo, se entabla este diálogo entre él y el prior:

- ¿Qué pides?
- Misericordia.
- Levántate.
- Ruego y suplico que, por amor a Dios, se me admita como el más humilde servidor de todos, a la



prueba del noviciado bajo el hábito monacal, si a ti, venerable padre, y a los demás venerables padres os pareciere bien.

—¿Te parece que podrás soportar la rigidez de una vida tan austera?

—Así lo espero, fiado en la misericordia de Dios y en las oraciones de los padres.

—De parte de Dios y de la Orden, de parte mía y de la de mis hermanos aquí presentes, te admito entre nosotros, y te advierto de paso que antes de la procesión serás dueño de salir el día que te plazca como lo seremos nosotros de despedirte si —lo que Dios no permita— tu comportamiento no nos satisficiese.

A continuación da el novicio un abrazo de paz a todos los hermanos y se completan estas ceremonias con la procesión a la celda para darle posesión de ella y renunciar allí al nombre, que es lo único que le quedaba del mundo.

#### EL ENTIERRO SE HACE SIN ATAUD

La comunidad en pleno no volverá a traspasar los umbrales de aquella puerta hasta que llegue la hora de administrarle los últimos Sacramentos y de acompañarle al cementerio, «la casa de la eternidad», donde, siguiendo el turno, se reunirán algún día todos los silenciosos habitantes de las celdas cartujanas, para esperar la resurrección de los justos, a la sombra de toscas cruces de madera, pintadas de negro, y sin inscripción alguna que recuerde el nombre del héroe que labró la santidad con silencio y penitencias. El entierro se hace sin ataúd para guardar el voto de pobreza hasta la oscuridad del sepulcro y dar castigo a la carne hasta después de muerta. En los entierros de los cartujos la tierra cae sobre el hábito blanco y no hay lágrimas en el cortejo fúnebre, porque, en la interpretación cristiana de la muerte, encuentran anticipado el gozo de la resurrección..

#### NO SON SUICIDAS

Socialmente cumplen los cartujos una misión elevada con el apostolado de la oración, el apostolado de la pluma y el de la limosna. La Orden cartujana ha tenido teólogos, escrituristas y poetas eminentes que han escrito cerca de cuatrocientos tratados sobre la Virgen, a pesar del poco tiempo que les deja libre para el estudio el riguroso horario a que tienen sujeta la vida. Y los rigores extremados de la regla no atentan contra la salud, siendo prueba convincente de ello la longevidad que llegan a alcanzar la mayoría de los monjes: Urbano V intentó mitigar la dureza de la regla por estimar que con su observancia atentaban contra la salud, y veintisiete monjes, el más joven de ochenta y ocho años, fueron a postrarse humildemente a los pies del Pontífice para suplicarle que desistiera del intento.

Detalle del monumento sepulcral a los fundadores de la Cartuja.

